

contenido o forma. Más bien, abren una extensa red de conexiones que recrea *in nuce* la búsqueda de sentido de toda interpretación. Esta porosidad es uno de los mayores atractivos de la publicación, aunque quizá también su principal inconveniente: el estilo de Gadamer, antes que la discusión de cualquier aspecto concreto de sus teorías, impregna la mayor parte de los artículos. La mimesis es la categoría fundamental bajo la que operan y el hechizo de pertenencia el cimiento de su racionalidad.

Si el lector se arroja sin más al texto, el prólogo de Teresa Oñate le dará ya cuenta de esta y otras complejidades. Se trata, en primer lugar, del papel central de la hermenéutica de Gadamer en la evolución de la cultura del siglo XX. La tradición en la que se inserta (Heidegger y Dilthey) y la pregnancia de sus planteamientos sitúan a Gadamer en una posición privilegiada para desvelar los problemas del presente.

Una primera sección titulada “¿Qué es la hermenéutica?” se ocupa de la discusión de los temas centrales de *Verdad y método* así como de las polémicas de la hermenéutica con otras corrientes filosóficas contemporáneas, a saber, la filosofía analítica, la crítica de la ideología de Habermas y Apel o la deconstrucción, entre las más destacadas.

Especialmente interesante resulta la entrevista a Quintín Racionero a propósito de la crítica que lleva a cabo la hermenéutica con el paradigma analítico y la posterior superación del reduccionismo positivista de este y las generalizaciones filosóficas de aquella por parte del pragmatismo. En su pretensión de universalidad, la hermenéutica de Gadamer se enfrenta a una peligrosa disyuntiva entre la trivialización relativista o la tentación metafísica. La correcta comprensión del sentido sólo es posible cuando hermenéutica y epistemología naturalizada colaboran: cuando esta última provee información sobre la asignación mientras la hermenéutica explora el horizonte y profundiza en las condiciones del reconocimiento.

También hay que mencionar la reseña a la biografía de Gadamer compuesta por Santiago Zabala y Gianni Vattimo; la no menos docta que estimulante confrontación de modelos interpretativos del hoy difunto Ángel Álvarez, o la postura de Alejandro Escudero sobre el problema del criterio de verdad que se precisa para resolver la multiplicidad de interpretaciones posibles. La crítica de Nietzsche al programa romántico, y su reivindicación de Goethe, tema del artículo de Diego Sánchez Meca, siguen siendo pertinentes. En un segundo artículo,

OÑATE, Teresa; Cristiana GARCÍA SANTOS y Miguel Ángel QUINTANA PAZ (Eds.)

**Hans-Georg Gadamer: ontología estética y hermenéutica**

Dykinson, Madrid, 2005.

Los trabajos reunidos en este volumen colectivo sobre Gadamer proceden de diversos ámbitos: filosofía, filología, estudios culturales y mundo del arte. No poseen pues unidad alguna de enfoque,

Gianni Vattimo vuelve a traducir la famosa frase de Gadamer “Sein, das verstanden werden kann, ist Sprache” desde una lectura ontológica “fuerte” que la aproxima a la cuestión de la existencia auténtica, identificando el Ser con el lenguaje. Según su interpretación, que se aparta del realismo indefinido de Jean Grondin, esta posibilidad es la única que, a pesar de su dificultad radical, permite mantenerse fiel a la diferencia ontológica entre ser y entes y dirigir la comprensión, más allá de la finitud y la historicidad, hacia la realidad.

En la segunda parte, “La filosofía griega en la hermenéutica de H.-G. Gadamer”, se esboza una presentación de la historia de la hermenéutica a través del interés de este filósofo por los clásicos griegos. El amante de lo griego disfrutará aquí de un cuidadoso tratamiento de las fuentes estudiadas. Por un lado, trabajos como los de Francesc Casadesús elucidan la compleja relación entre lenguaje y realidad al hilo de una clara exposición del método morfológico que Gadamer aplica a los fragmentos de Heráclito. Por otra parte, el pormenorizado estudio de Teresa Oñate rastrea la apertura de Gadamer al pensamiento presocrático y sistematiza los réditos que dicha inmersión rinde a la hermenéutica y por ende al pensamiento actual. Sin embargo la acosa excesiva amplitud de su visión corre el riesgo de hacerse rea de la conocida sentencia de Kant: “No es aumentar sino desconcertar las ciencias, el confundir los límites de unas y otras”.

Según la hermenéutica gadameriana, el hecho de que el presente se apoye siempre en un pasado, que lo nuevo remita a un referente previo y que todo pensamiento con contenido de verdad esté mediado hermenéuticamente no permite en rigor decir nada sobre el presente antes de que este acontezca. El filosofar puede nutrirse del pasado pues los problemas no son temporales sino relacionales. Los problemas filosóficos van cambiando de contorno en cada caso según el diálogo que mantiene lo uno con su otredad, siguiendo la penetración del discípulo en las dificultades del sistema de su maestro. Sin embargo, el pensamiento puede cambiar el mundo sólo en la medida en que la experiencia posibilita nuevas formas de pensar y de verdad. Esta novedad alude aquí a una vuelta a los principios originales. Desde esta aproximación, los aciertos de Aristóteles se corresponden a los riesgos que asume Platón, igual que Gadamer “urbaniza” la provincia heideggeriana. Uno de los méritos de la hermenéutica consiste en buscar la razón del otro. Pero en última instancia, la tarea de la filosofía no

consiste ni en la redención del mundo ni en la salvación de la verdad. El camino que le resta al hombre es el de vivir de modo justo en comunidad.

Un tercer apartado misceláneo, titulado “Estética y hermenéutica”, aborda algunos de los dilemas y perplejidades de la sensibilidad contemporánea alternando trabajos explícitamente dedicados a Gadamer con otras colaboraciones en las que resuena el eco de ciertas preocupaciones estéticas y su uso práctico. El caso es que para evaluarlos correctamente habría que tener en cuenta lo expuesto por Gadamer en “Texto e interpretación” (VM II, 334 ss.) cuando se refiere a esas “formas de conducta lingüística [que]

oponen resistencia a su textualización”, es decir, las figuras del antitexto, el pseudotexto y el pre-texto. En concreto esta última forma antitextual, en la que se expresa algo sin nombrarlo, requiere una decodificación ya que “la tarea de la interpretación resulta ser la de descubrir los subterfugios y comunicar lo que se expresa realmente en ellos” (ibíd., p. 336). Subterfugios presentes en las piezas artísticas de la exposición “Interpretaciones” aquí reproducidas (por ejemplo, los textos de la mesa de juego “todo nada todo” de Diego del Pozo); en las soluciones explícitas de los nudos teóricos contenidos en la figura-metáfora de la circularidad (soluciones que exigen un salto a otro nivel, un cambio de registro), como en el artículo de Amanda Núñez sobre Walter Benjamin; o incluso en la aplicación ética, como reflexión metacrítica y autoirónica, que elabora Miguel Ángel Quintana Paz cuando busca argumentos que justifiquen la enseñanza de la música en los centros educativos.

Para terminar, el DVD que acompaña a la publicación, titulado “Gadamer, memoria de un siglo”, ofrece una visión de conjunto del legado de la hermenéutica y, aunque su formato puede presentar algunas deficiencias, entre las que cabe señalar la, por momentos, excesiva densidad de contenidos filosóficos o, también, la escasez de elementos visuales atractivos y tiempos de pausa o asimilación, cumple a la perfección la doble tarea de dar rostro a algunos de los especialistas que han colaborado en esta obra y contextualizar a modo de introducción buena parte de los desarrollos de la misma.

*Gorka Fernández Villarón*